

VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, 2007.

Los Territorios Abandonados. Una Reflexión sobre las Identidades Fantasma (A Propósito del Despoblamiento de algunas Islas del Archipiélago de Quinchao).

Sergio Mansilla Torres.

Cita:

Sergio Mansilla Torres (2007). *Los Territorios Abandonados. Una Reflexión sobre las Identidades Fantasma (A Propósito del Despoblamiento de algunas Islas del Archipiélago de Quinchao)*. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/vi.congreso.chileno.de.antropologia/60>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eCzH/uYf>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SAHLINS, Marshall. 2004. A cultura na prática. Rio de Janeiro: Editora UFRJ.

SAHLINS, Marshall. 1997. O pessimismo sentimental e a experiência etnográfica : por que a cultura não é um objeto em via de extinção (parte II). Rio de Janeiro, Mana. 32, nº 02.

SAYAD, Abdelmalek. 1998. A Migração ou os Paradoxos da Alteridade. São Paulo, Edusp.

_____. 2000. O Retorno: Elemento Constitutivo da Condição de Migrante. Rev.Travessia, ano XIII.

WOLF, Eric R. 2003. Cultura panaceira ou problema? In: *Antropologia e Poder*, São Paulo, Editora Unicamp.

Los Territorios Abandonados. Una Reflexión sobre las Identidades Fantasma (A Propósito del Despoblamiento de algunas Islas del Archipiélago de Quinchao)¹

Sergio Mansilla Torres*

Resumen

Ponencia en la que discutiré la crisis que están viviendo algunas islas del Archipiélago de Quinchao, Chiloé, a raíz de un rápido y progresivo despoblamiento por la emigración de las generaciones jóvenes a los centros urbanos industriales. Campos solos, cubiertos de chacayes, son la evidencia palpable del abandono. Otra evidencia, menos palpable, pero más humanamente dramática, es el abandono de los campos de la memoria, porque se han vuelto ineficaces para que campesinos y pescadores construyan modernidad en los espacios rurales isleños. No así para la emergente *intelligentzia* chilota, más urbana que rural, educada en los paradigmas de la alta cultura occidental y que ha hecho del Chiloé antiguo un corral ad hoc para retener los peces de la memoria. Peces en cautiverio, o tal vez muertos: ¿Es esta la identidad del nuevo Chiloé industrial? ¿Quién se queda cuando todos se van?

En enero de 2007 tuve la oportunidad de visitar la Isla de Quenac, isla perteneciente a la comuna de Quinchao, provincia de Chiloé. «Aquí -me dice don Ramón Álvarez, profesor jubilado con quien conversé- no se ven jóvenes pololeando; no hay enamorados besándose en la placita». Y eso que en la pequeña plaza de la villa de Quenac, según yo mismo había podido constatar el día anterior a mi conversación con don Ramón, hay sendas esculturas, hechas en piedra canchagua, del Trauco

y la Pincoya. Pero, al parecer, ni siquiera estos seres mitológicos, famoso uno por su potencia sexual y, el otro, por su ondulante sensualidad, son ya capaces de convocar a jóvenes quenacanos para que muestren en lugares públicos las flechas del amor y del deseo. Es que no hay jóvenes a quien convocar. «¿Dónde están los jóvenes?», pregunté. «Se van, me dice, a estudiar o a trabajar a las fábricas de la Isla Grande, y los que se van no vuelven. ¿A qué van a volver si aquí no hay trabajo, no hay nada que hacer? La agricultura no da; en los criaderos de salmones cada vez se requiere menos mano de obra. Ni una posta de primero auxilio como la gente tenemos».

Durante la mañana de ese día había hecho yo una breve incursión por los campos aledaños a la villa de Quenac. Me llamó la atención ver varios campos cubiertos de espinillos (o chacayes, como les denomina la gente de Chiloé). Reparé en la escasa superficie sembrada: un par de pequeños papales verdes; se notaba que eran sólo para consumo doméstico. Más allá una casa de campo abandonada, ya sin ventanas, de maderas envejecidas, con tablas desclavadas por efecto del deterioro, junto a una descuidada quinta de manzanos y un par de ciruelos. Alguien había cercado con alambre la quinta, pero algunos de los estacones, ya podridos en su base, habían cedido, y tres novillos habían roto el cerco y disfrutaban, indiferentes, con su

*Universidad de Los Lagos, Departamento de Humanidades y Artes, Centro de Estudios Regionales. Casilla 933, Osorno – Chile. e-mail: smansill@ulagos.cl

taciturno ritmo vacuno, del verde y tierno pasto que había crecido a la sombra de los manzanos y ciruelos. De escenas como ésta había sido yo testigo en mi infancia, en los años de 1960, cuando vivía en la isla de Quinchao. Eran tiempo en que, de pronto, familias completas emigraban a Punta Arenas, a Comodoro Rivadavia, a Río Gallegos o a Usuahía. Un buen día simplemente ya no estaban, y quedaban la casa, la bodega, los manzanos: mudos testigos de un abandono sin retorno. Pero las nuevas migraciones de los isleños del archipiélago, a comienzos del siglo XXI, no son a la Patagonia; son, la mayoría, a la Isla Grande de Chiloé, principalmente a los centros industriales de Dalcahue y Quellón. Este hecho sugiere que la creciente modernidad industrial de Chiloé está lejos de generar condiciones de equilibrio distributivo de la población en todo el territorio isleño. Lo que hallamos, en cambio, es una corriente de despoblamiento en al menos las islas que no han podido generar modos de producción sustentables no dependientes de la industria acuícola (en adelante IA), a la vez que un progresivo hacinamiento de una también creciente clase obrera en asentamientos urbanos cada vez más lejanos de la tierra y del antiguo modo de vida campesino.²

Quenac, según testimonio de Víctor Hugo Barría (entrevista personal 2007), director de la escuela de la villa de Quenac, posee dos escuelas de Enseñanza Básica; pero la suma de alumnos de ambas escuelas no supera la cifra de 50. La isla tiene una extensión de 22 km² y una población de alrededor de 550 habitantes. En los años de 1970, sin embargo, llegó a tener cerca 2000 habitantes, y, desde entonces, precisamente cuando se detuvo la emigración chilota hacia la Patagonia, la disminución de su población ha sido progresiva. «¿Qué va a pasar con todo esto en unos años más?», pregunto. Don Ramón se encoge de hombros y se queda en silencio.

La IA -nos dicen Claude y Oporto- es una de las actividades económicas que más ha capturado mano de obra de la zona de Chiloé, y aunque este hecho pareciera muy positivo, ha tenido un impacto cultural fuertemente negativo, ya que los lugareños, al emplearse, han tenido que dejar de trabajar la tierra y abandonar la pesca artesanal, alejándose de sus costumbres y sus riquezas naturales. De esta manera, han pasado de una categoría en la cual ellos eran sus propios dueños, a una categoría de dependencia frente a terceros para subsistir, vendiendo sus tierras, empobreciendo la familia, adquiriendo hábitos no

deseables y contribuyendo así a la desaparición de la cultura chilota.³

Sin duda, los tiempos del Chiloé de hoy no son «los tiempos del fogón», esos tiempos en los que, no sin cierta melancolía, el historiador Rodolfo Urbina evoca y escudriña en su relato sobre la vida cotidiana principalmente de Castro y Ancud entre 1900 y 1940, enclaves ciudadanos que en este período no fueron sino una versión más o menos urbanizada del modo de vida rural tradicional.⁴ Las cosas hoy son distintas. La omnipresencia de la IA ha producido ya un profundo corte entre la vida tradicional rural y el modo de vida urbano proletariado del que participan especialmente hombres y mujeres, cuyas edades hoy suelen ser en muchos casos similares al tiempo en que la IA lleva instalada en Chiloé (25 a 35 años).⁵ Se trata de un importante segmento de población desarraigado de la tierra, dependiente de las fluctuaciones del mercado del trabajo, altamente endeudado con las financieras y las grandes tiendas (en especial con Falabella Puerto Montt). Muchas de estas personas han debido salir de sus islas de origen dejando en ellas a sus mayores, los que, por edad, ya no son productivos en el trabajo industrial. Ellos a veces se encargan de cuidado de nietos pequeños cuyos padres, emigrados a la Isla Grande, no pueden cuidarlos por falta de tiempo y recursos.

Y estas islas de población envejecida son ya residuos de un época que se halla, creo, en retirada definitiva. El Chiloé mágico, tradicional, ése que venden las agencias de turismo, es sólo una imagen de postal escenificada una y otra vez en los espectáculos veraniegos diversos, especialmente en los festivales costumbristas que, a estas alturas, no son sino el remedo de una identidad cultural del pasado transmutada en mercancía simbólica disponible para turistas y movilizadora, a menudo, como parte sustancial del trabajo de extensión y promoción cultural de los Departamentos de Cultura municipales.

Así por ejemplo, en reiteradas visitas realizadas a la Municipalidad de Curaco de Vélez entre 2005 y 2007 he podido constatar cómo el trabajo de promoción cultural impulsado desde y por la institución municipal se hace de una manera muy reactiva, a partir de una idea política de la cultura que concibe a ésta apenas como un costumbrismo deslavado. La situación no es muy distinta en otras municipalidades de Chiloé, a excepción -me parece- de la de Castro, que tiene, en este campo, una institucionalidad potente, una masa crítica y una infraestructura tal que le permite ser una auténtica agencia de animación artística y cultural a lo largo

de todo el año y no sólo del clásico festival costumbrista veraniego. Hay mucho entusiasmo y muchas buenas intenciones, una gran disposición a apoyar la «cultura tradicional», pero una escasa, por no decir nula, conceptualización de los impasses culturales de la actual modernidad de Chiloé. El empeño se dirige más bien a revivir prácticas antiguas de vida, ya fenecidas, como la maja a vara, la trilla, la molienda en molino de piedra, juegos como el corre zapato, la fabricación de barriles de madera, todo con fines turísticos. Empeño que se sustenta en la creencia de que realizando tales actividades, una vez al año, en verano, las raíces culturales no sólo no se perderían sino que se fortalecerían.

Para ser justos, sin embargo, habría que decir que la encargada municipal de Cultura de la Municipalidad de Curaco de Vélez, Estrella Sánchez, está consciente de que uno de los mayores problemas a los que se enfrenta es que la comuna se está quedando sin una inteligencia endógena, capaz de generar ofertas estéticas y culturales originales y por sí misma, sin depender de las tradicionales «semanas» de festividades locales, muy reiterativas y muy aldeanas en el fondo, cuya organización y sostenimiento la Municipalidad se la autoimpone como tarea ineludible cada verano. Como una forma de subsanar este serio problema -según su propio testimonio- la Municipalidad de Curaco de Vélez está apoyando la creación y mantenimiento de un taller de formación de niños músicos (acordeonistas, sobre todo), taller que se justifica sobre la base de la convicción de que si no se tienen músicos locales propios, no habrá posibilidad alguna de un desarrollo de la música, a nivel comunal por lo menos. De paso se le entrega a los niños una herramienta de desarrollo personal que podría ser de enorme relevancia para sus vidas futuras. Lamentablemente estos esfuerzos se hacen al margen del sistema escolar formal, que también es municipal, pero que funciona sin conexión alguna con el Departamento de Cultura. El sistema de educación formal no se preocupa en absoluto de formar niños que pudieran ser aportes al desarrollo del arte y la cultura local.

O sea que el despoblamiento no sólo acontece en la forma de abandono físico de islas o de sectores de ellas, sino también como despoblamiento cultural: un abandono de formas de vida sustentadas en una productividad local de órdenes diversos, que iban desde la recolección y producción alimentos hasta la producción de canciones o relatos que reproducían y daban continuidad al tejido identitario local. Este fenómeno, sin em-

bargo, comenzó mucho antes de la llegada de la IA. El poeta Mario Contreras, residente en Castro, asegura que el proceso de «neocolonización» del capitalismo moderno comenzó en Chiloé en 1960, a partir de las consecuencias que produjo el gran terremoto de ese año (entrevista personal, 2006). Debido, en gran medida, a las gravísimas consecuencias que produjo el terremoto en Ancud (recordemos que desapareció prácticamente la mitad del pueblo), Chiloé se torna, después de casi 50 años, nuevamente visible a los ojos del estado chileno, aunque no haya sido sino para efectos asistenciales. Digamos, de paso, que la última vez en que había habido alguna preocupación importante por Chiloé de parte del gobierno central había sido a comienzos del siglo XX, lo que condujo a la inauguración del tren de trocha angosta entre Ancud y Castro en 1912. El lento pero inexorable proceso de modernización post terremoto de 1960 produjo muy pronto los primeros efectos de vaciamiento y sustitución cultural. Yo mismo fui testigo, en mi infancia, de cómo personas desconocidas solían ir por las casas de los campos de la Isla de Quinchao ofreciendo radio receptores a pilas, fabricados con transistores, a cambio de antiguos y bellos relojes de pared con péndulo, de fabricación inglesa, que solían verse colgados en la pared de los salones de las casas campesinas, salones que eran ocupados sólo en ocasiones muy especiales por las familias. Y la mayoría de la gente se deshizo de sus relojes trocándolos por radios que hoy, con suerte, si es que todavía están, son chatarra electrónica, pero que en su momento fueron vistos como signos irrenunciables de modernidad.

La aparición de la IA no ha venido sino a acelerar un proceso de profunda transformación cultural que toma diversas formas: desde migraciones internas que están dando paso a una severa disminución de población de algunas islas hasta la adopción de prácticas de vida completamente dependientes de las fluctuaciones del mercado del trabajo industrial y del abastecimiento externo de todo tipo de bienes y servicio, incluyendo la alimentación (el caso de Quellón es el mejor ejemplo de esto último).⁶ La tentación de ver la IA como la responsable exclusiva del deterioro de la identidad cultural tradicional de Chiloé está, por lo mismo, a la vuelta de la esquina. Armando Bahamonde, director de cultura de la Municipalidad de Dalcahue, en una conversación que sostuve con él hace algunos meses, expresaba su rechazo frontal, radical, a las instalaciones de las salmoneras por los efectos culturales y paisajísticos que él considera degradantes: los canales se ha llenado de

balsas jaulas provocando, además de otras cosas peores, una masiva contaminación visual. Bahamonde crítica ácidamente las consecuencias deshumanizante del capitalismo -personificado éste en las salmoneras- que se materializarían, a su entender, en la pérdida de las relaciones humanas cooperativas y su reemplazo por un individualismo contrario, según su visión, a la estructura profunda de la cultura de Chiloé, la que sería esencialmente cooperativa y solidaria. Su propia labor de director de cultura la concibe como una acción de defensa radical de la memoria y las tradiciones para que éstas sobrevivan ante el avance de la cultura capitalista basada en la producción competitiva, en la salarización y en el consumo de productos industriales (incluyendo, por cierto, la oferta de placeres y entretenimientos). Su trabajo de encargado de cultura lo compara con la batalla entre David y Goliat. Pero se tiene confianza pues se ve a sí mismo como guardián de la memoria y de la cultura chilota, la que es concebida -siempre desde su visión- como una entidad poseedora de valor humano intrínsecamente superior al de la modernidad capitalista (entrevista personal, 2007). Semejante manera de defender Chiloé contrasta con las expresiones vertidas por un anónimo vendedor de roscas chonchinas, que apareció con su mercadería mientras esperábamos, en el muelle de Achao, que zarpara la lancha que nos llevaría a Quenac un día de enero de 2007. Con gran vehemencia se manifestó contra quienes defienden el Chiloé tradicional; dijo que los consideraba traficantes culturales, preocupados sólo de su negocio personal, gente que con engaños obtiene información de primera fuente para hacer programas mediáticos sobre cultores tradicionales, programas que se exhiben con gran ganancia de las productoras y de los intermediarios culturales, pero sin ningún beneficio para el chilote de a pie informante de su propio trabajo.⁷ Se expresó con dureza contra quienes se opusieron a la construcción del puente sobre el canal de Chacao, pues consideraba que tal oposición fue patrocinada por gente que vive explotando la imagen del Chiloé tradicional. Además, aseguraba, que la familia Almonacid, dueña de la empresa Buses Cruz del Sur y de la mayor parte de los transbordadores de Chacao, compró a los políticos para hacer fracasar el proyecto del puente. Su crítica de fondo, sin embargo, decía relación con el hecho de que para los políticos metropolitanos, Chiloé «no es Chile». Y que los políticos locales, además, estarían todos comprados por el poder económico de ciertas familias locales.

Consigno esta anécdota porque la considero reveladora de las posiciones encontradas que hoy tensamente coexisten en la sociedad chilota a la hora de asumir actitudes políticas sobre cómo ha de ser el Chiloé moderno, en el contexto de su transformación de sociedad agraria asentada en el bordemar a un Chiloé cuya población aspira a participar, por el consumo, de la modernidad global. Más allá de sus imputaciones a personas y al sistema político del país, el anónimo vendedor de roscas chonchinas sí tiene razón en una cosa: Chiloé no puede ni debe estar al margen del desarrollo tecnológico, del mejoramiento de servicios públicos estatales -incluyendo muy especialmente la educación y la salud, muy deterioradas hoy día-, de la conectividad y las comunicaciones, del transporte (sobre todo entre las islas menores y entre éstas y la Isla Grande). Sería ética y políticamente irresponsable atrincherarse en una imagen deshistorizada de la tradición, y, con la excusa de defender y preservar una cierta pureza cultural, lo que se termine montando no sea sino -como ya suele ocurrir- un lastimoso espectáculo de hombres chilotos con gorro de lana y mujeres chilotas descalzas, arrebizadas con pañolones negros, bailando la danza de una memoria que no interesa sino a la burguesía turística ignorante, pero ávida de vivir exóticas experiencias de diferencia cultural (en realidad, un simulacro de diferencia).

Concedámosle a nuestro anónimo vendedor de roscas una cosa más: vende roscas chonchinas no porque sienta una desmesurada pasión por la identidad cultural de Chiloé, sino porque estas roscas son apreciadas por la gente; son de buen sabor, de fácil digestión y de alto poder nutritivo (están hechas a base harina de trigo y de almidón de papa). Son, en suma, muy buenas para soportar viajes largos en lanchas que ofrecen precarias comodidades. Si elementos de la cultura tradicional sobreviven, será por su eficacia para resolver problemas prácticos de la vida cotidiana. El desafío político de la cultura chilota es, pues, diciéndolo con palabras de Martí, conocerse a sí misma y aprender a distinguir su verdadera naturaleza de la falsa erudición, que la envuelve, con frecuencia, en una niebla de idealidades que dan la espalda a la dureza de historia material del día a día del chilote subalterno.

La IA no es sino la punta de lanza de una política país homicida de las culturas locales y del medio ambiente. Pero sus efectos desastrosos no son obra de la perversidad de sus gerentes ni siquiera de sus dueños. Son el resultado de un modelo de crecimiento y desarrollo cuyas prioridades no están, ni de lejos, en asegurar el

bienestar de la población en y con sus territorios natales a partir de las potencialidades de desarrollo moderno que las propias culturas y territorios locales puedan tener, combinadas, estas potencialidades, con condiciones y elementos, necesarios por lo demás, de la modernidad global. Pero también hay que decir que, en el caso de Chiloé, no toda la pérdida se explica por la «invasión» del estado tecnocrático y su vanguardia empresarial acuícola, exitosa hasta ahora en el logro de sus objetivos de acumulación de riqueza y competitividad global.

La sociedad chilota que se fue formando desde la colonia hasta el terremoto de 1960 no tiene demasiados anticuerpos que garanticen una resistencia eficaz a su desmantelamiento cultural. A causa, en parte, de su natural aislamiento geográfico y el abandono institucional de larga data y, en parte, a causa del cuidadoso control ideológico de una iglesia reaccionaria que se encargó de asegurar la continuidad de una mentalidad aldeana, premoderna, deshistorizada y despolitizada (en especial, pero no de modo exclusivo, desde la expulsión de los jesuitas hasta los años 70 del siglo XX; en los últimos años las iglesias evangélicas llevan el panderito de la desmovilización identitaria), la sociedad chilota es bastante vulnerable al saqueo de su identidad cultural, sobre todo en las clases populares menos educadas y que constituyen la mayoría de la población. El saqueo y destrucción de los mares puede leerse, en realidad, como la expresión visible de una descomposición societal más profunda: el saqueo y la destrucción de la cultura tradicional de Chiloé, que, con debilidades y todo, sí logró crear una forma de vida de enorme riqueza práctica y simbólica.

En la isla de Quenac las escuelas sólo ofrecen educación hasta octavo año básico, de manera que los niños a 13 ó 14 años, si quieren continuar estudiando, tendrán que necesariamente dejar su isla. Quien haya nacido en Quenac hoy, si quiere estudiar más allá de la escuela básica, a lo más le restan 14 ó 15 años de permanencia en su isla. Sus padres ya no siembran, no pescan, no hacen artesanía; son obreros que dependen de un salario magro. Y sus abuelos, en 14 años más, quizás ya hayan emprendido el viaje final. ¿Qué quedará para entonces? ¿Tierras abandonadas a merced de millonarios dispuestos a comprar islas completas? ¿Una villa fantasma carcomida por el mar y las lluvias? Quizás en ese futuro hipotético los mares interiores estarán tan saturados de fecas de salmones que ya no será sostenible la IA a gran escala, tal como la conocemos hoy en día. Y la generación joven de hoy,

acostumbrada al consumo urbano, dependiente del flujo de dinero de la industria, generación que entonces estará en la medianía de la vida o en los umbrales de la vejez, ¿para dónde volverá la vista? ¿A las islas de sus mayores? Es posible; pero si eso ocurriera, se verían en la obligación de empezar de nuevo ¿con qué herramientas culturales lo harían?

En realidad, las cosas no pintan bien para las islas del archipiélago que se están despoblando, ni tampoco para aquellos sectores de la Isla Grande que hoy día son receptores del flujo migratorio (pueden volverse zonas de aguda descomposición social; en mucho aspectos ya son sociedades descompuestas). No sería, pues, de extrañar que en 20 ó 25 años más (si no es antes) muchas islas estén llenas de casas de verano, de yates, hasta de resorts. O, por el contrario, que Quenac, Meulín, Caguach, Teuquelin, Chaulinec, se vuelvan islas cubiertas de chacayes y de bosques nativos jóvenes sin presencia humana. Lo bueno de esto sería que para ese futuro ya no habría o habría muy pocas balsas jaulas en los canales isleños. Por lo menos el paisaje recuperaría algo de su prístina y original belleza.

Notas

¹ Esta ponencia forma parte de la ejecución del Proyecto 1050623, financiado por el Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología (FONDECYT), de Chile.

² Según información entregada por el funcionario de la posta de primeros auxilios de Quenac, ratificada más tarde por los carabineros del retén de la misma isla, las únicas islas que han aumentado su población en los últimos años son Llingua y Lin Lin, precisamente las islas menos dependientes de las salmoneras. Llingua tiene una economía basada en la artesanía femenina en fibra vegetal (son muy bellos los trabajos artesanales en ñocha, quiscal y manila) y los varones, a pesar de los cambios, se las han arreglado para continuar su antigua tradición de pescadores y recolectores. Son ellos quienes principalmente surten de peces y mariscos la gente Achao. Lin Lin ha logrado desarrollar la horticultura, lo que los ha convertido, en cierto modo, en los abastecedores de productos de chacarería de Achao y de comedores escolares.

³ Marcel Claude y Jorge Oporto, eds. *La ineficiencia de la salmonicultura en Chile: Aspectos sociales, económicos y ambientales*. 2000, p. 43. Versión PDF en línea: www.terram.cl/nuevo/images/stories/rppublicos1.pdf [26-10-2007].

⁴ Cf. Rodolfo Urbina. *La vida de Chiloé en los tiempos del fogón, 1900 – 1940*. Valparaíso: Universidad de Playa Ancha, 2002. Cabe sí anotar que Urbina no idealiza el mundo chilote de ese período, mundo apenas con

un pie (si no es menos) en los terrenos de la modernización nacional de entonces. Consigna, por ejemplo, la poderosa corriente emigratoria de los años de 1930, en los que Chiloé sufrió severamente los efectos de la recesión económica global. Con todo, eran tiempos en que los ritmos de la vida social estaban más en consonancia con los ritmos y posibilidades de una naturaleza generosa y muy poco intervenida.

⁵ La IA, como es de suponer, ofrece empleos directos y una vasta gama de empleos indirectos. Entre los empleos directos disponibles, la mayoría están ocupados por mujeres; son las obreras de las plantas de procesamiento de peces y mariscos.

⁶ Quellón es el asentamiento urbano cuyo abastecimiento de alimentos depende enteramente de los supermercados, los cuales, a su vez, no se abastecen en absoluto con productos originarios de Chiloé, ni siquiera de productos de chacarería. Tampoco es posible ni mariscar ni pescar en los mares aledaños a Quellón, sea por contaminación o simplemente porque los peces y mariscos de libre disposición han sido exterminados. Y la agricultura de los campos cercanos, que nunca fue muy desarrollada, hoy es prácticamente inexistente. Sólo los habitantes de la comunidad indígena de Chadmo, cercana a Quellón, mantiene un modo de producción a contrapelo de la tendencia prevaleciente entre los habitantes mestizos de Quellón y sus alrededores; pero carecen de infraestructura comercial suficiente para ser ellos los abastecedores locales de productos agrícolas a gran escala.

⁷ Atacó, de paso, duramente a Renato Cárdenas y a Armando Bahamonde, verdaderos íconos del conocimiento y defensa de la cultura chilota heredada. Por lo menos así es como los ven los chilotes ligados al «mundo de la cultura», más allá de eventuales desacuerdos y aun de críticas durísimas. Objetivamente, en ambos casos, aunque con mayor desarrollo en el caso de Cárdenas, el activismo cultural y las publicaciones que han realizado los hacen referentes necesarios para cualquier discusión sobre cultura del Chiloé antiguo y moderno.